

Iconografía de un duelo

Jesús Bartolo

Iconografía de un duelo

Jesús Bartolo



Colección



Iconografía de un duelo
Jesús Bartolo

Primera edición en México
Noviembre 2011

Colección Limón Partido
Proyecto Literal
Edición: Jocelyn Pantoja
Literatura y alternativas
en servicios editoriales, S. C.
Tulipán 122 Ciudad Jardín
Coyoacán, 04370
México D. F.
gacetaliteral@yahoo.com

ISBN: 978-607-9088-16-3

Diseño de Arte de la Colección:
Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRÁFICA

Diagramación: María José Farías

Todos los derechos reservados
Impreso en México.

Un dibujo de la Iconografía de un duelo de Jesús Bartolo

Dibujar un duelo, acaecer en medio del dolor, abrir la carne y soltar las amarras de la palabra para dibujarlo, mostrar las entrañas prometéicas de los sentimientos, esos que se reconstruyen en ocasiones artificiosamente y en otras no se regeneran nunca, esos que la vida a veces carroñera se encarga de socavar en la memoria y en el espíritu.

Jesús Bartolo (1970, Atoyac de Álvarez, Guerrero, México) dibuja estos dolores que se agolpan en los textos, demuestra que ese dicho: “una imagen vale más que mil palabras” es impreciso en el caso del espíritu, aquellos dolores que habitan en la sombra de la intimidad, en “Un latido largo y tumoroso” de un corazón que desfallece, que no da respuestas.

La experiencia del dolor es desafiante, Bartolo encuentra en las palabras la capacidad de primero describir aquellos momentos álgidos como los ecos de un Enrique Lihn que en su último lecho cantaba la muerte:

*Cabalgo esta metáfora
perpetua tierra florida
de aire que oxida
los geranios marchitan*

Esta marchitez del cuerpo que se desteje, se convierte en impotencia, en palabras insuficientes, como el amor que no basta como cura ni consuelo.

El texto de Jesús Bartolo es pura luz, con una poética aparentemente sencilla, que no fácil, escribe esta *Iconografía de un duelo*. Si bien el tema de la muerte, en la poesía, es un tópico que se ha abordado de distintas formas en la tradición literaria, no podemos decir que sea un tema agotado; aquí se reinventa. En el caso de este poemario, obedece más a un acto íntimo como *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines* o *Retorno de Elektra*, de Jaime Sabines y Enriqueta Ochoa respectivamente, que desde la propia experiencia pretenden acariciar las cimas desesperadas del dolor, del luto, de la impotencia pertinaz ante el fin de la vida de los seres que amamos.

Como un intento de revestir el duelo con las ropas de la cotidianidad, elabora el poema y el libro con una arquitectura sutil que se ocupa de los más íntimos recovecos del lenguaje, sin caer en trampas artificiosas ni efectistas, su estilo, como decía arriba, sencillo en cuanto a lenguaje alcanza a dibujar el proceso de la muerte y las miasmas del cuerpo.

Confronta la realidad con las ideas de la fe: “¿A cuál instante concurrir?/ ¿Qué rezo esbozar/ si es nulo el antagonismo?”, en esa inhóspita confusión que tiene la memoria cuando se nubla o cuando los pensamientos se agolpan sin orden preciso ni sustancia clara, que es como invocar a aquella entidad divina con un rezo que no será escuchado por nadie.

Las reflexiones lo llevan a descarnar al corazón, a convertirlo en un músculo tonto, pero también en

*Un centro que irriga el cuerpo con la
afectiva y efectiva sensibilidad, taponando
las venas cuando de sacar el dolor se trata
y de olvidar sin rumores y preámbulos.*

que nuevamente enferma al tiempo.

La lectura de este primer poema es pura contundencia, pero “En un latido largo y tumoroso” no es la totalidad del libro que ahora presentamos para ustedes, quedan otras cuatro partes; a saber, “Apéndices”, “De súbito en el frontispicio”, “Corazonada” y “Pantomima del enamorado”. Cada una de ellas con una identidad propia que expone con el mismo estilo.

En “Apéndice” encontramos a un autor que aborda el conflicto de la escritura poética, otra forma de angustia, donde parece que la labor de creación es más fuerte que el autor mismo, los poemas se revelan sin que el autor pueda hacer mucho, otra vez la impotencia:

La frontera de esta línea

*no comienza en el siguiente verso,
porque si el verso se revelara,
el Poema existiría y yo*

no quiero escribir un poema.

Busca con insistencia algo que haga llevadera la vida, quizá lo cotidiano, la rutina como una urdimbre para caer, una piola que rescate los dolores y los deshaga; esto es lo que busca en “De súbito el frontispicio”. Lo cotidiano se detiene en el umbral, se pasea entre rabia y confusión, la necesidad de respirar sin asfixia en un mundo coloreado por las tintas de lo trágico:

*El agua va, se descalzará los mocasines,
emprenderá descalzo su rabia por la sangre,*

se irá con su música a otra parte,

a practicar apneas en otro sitio,

con otro hombre,

*con otra pared más alta o baja,
tal vez más carcomida;*

Pero la rutina también duele, la colmamos de “melcocha metafísica” para sobrevivir, y otra vez ese músculo tonto, el corazón, bombea para que la sangre pase por las arterias, pero este no es el humus vital sino un heraldo de penurias que toca los rincones del cuerpo. Aquí comienza de nuevo la batalla en esta “Corazonada”, los miembros se revelan y regresan las injurias al corazón y de allí otra vez a la totalidad.

En la parte final del texto donde la incertidumbre es lo verdadero, el poeta nos arroja a la indefinición, al olvido buscado largamente. Los sentimientos chocan y uno no acaba por saber lo que sucede. El agolpamiento es

*Como un pollo al que se le tuerce el cuello y corre
con la cabeza muerta, voy de un lado a otro con el
fardo de la mía al costado de mi hombro.*

un corretear sin sentido, una mordedura que no sangra.

Esta *Iconografía del dolor* de Jesús Bartolo que ahora presentamos para ustedes en el sello de la colección *Limón Partido* es una búsqueda exquisita de la palabra epifánica que permita dibujar ese dolor y quizá arrancarlo o adormecerlo solamente. Leerlo traerá a cuenta la experiencia propia de nuestros dolores, nos confrontará con aquellas realidades dormidas en el alma y la memoria, será como volver a pasar aquella tristeza sublimada por el corazón. ¡Salud por Jesús Bartolo y por estos versos que definitivamente golpean!

Andrés Márquez Mardones

Para Lucy, poética de mis palabras.

Para Aleja, quien se ha vuelto canto.

Para Jesús Antonio.

El ser es el resumen de la nada.

Roberto Juarroz

*Tal vez el estar muriendo sea un rumor que no puede oírse,
pero el morir es un silencio que tiene que ser escuchado.*

Josefina Vicens

En un latido largo y tumoroso

El corazón le parpadea como una bombilla que va a fundirse

Párpado caído su ánimo poleas de agua su horizonte caída matutina	ojo muerto su palabra callada distancia hiriente humedad, serena:
---	--

Se sabe desposeído porque el dolor es mucho para lo
ancho de su pecho

Para aceptar la muerte -se dice-: Cabalga esta metáfora de aire que oxida	cavidad, superficie: profunda e inasible perpetua tierra florida los geranios marchitan.
--	---

Escapó de sus manos la porcelana de su vida

El vértigo de la impotencia lo condujo al salto a la ebriedad sin luz de sus ojos cárdenos	en el abandono en el gemir sin soslayo en las junturas del corazón la profecía, avesangre en la jornada
---	--

En un latido largo y tumoroso

Fue consumiéndose el color de sus mejillas la ruda caricia de sus manos el salitre de su vagina	el graznido, opaco, abandonó el lienzo dejó también los pinceles la rúbrica de su nombre.
--	--

*Busco en mi corazón
respuestas que sólo hay en el tuyo*

La poesía, como el amor,
no sirve para expresarme.
Contemplo el gesto con más
posibilidades de decirte algo,
pero tan luego encuentro otro,
el anterior contrae la enfermedad
del mudo.

Las citas de los libros y los ademanes
sufren una anemia terrible.
La hemorragia de mi silencio
no augura nada bueno, por ahí puede
írseme la vida o desaparecer
la cordura, o suceder, a la vez,
la misma cosa.

*Las mismas que te preguntas
cuando el mío guarda silencio para hablar*

Indago en mis pasos alguna cotidiana-
nidad que asimile este lenguaje óseo
y pulcro de crujidos en donde colgar-
me para decirte algo con mi muerte.

Pero qué sucede si nada pasa, si
nada dice cómo cruzar este lago
sin señales y sin habla. El nado no
será suficiente y al ahogo le faltará
agua para ser cierto.

¿En un corazón necro-
zado hay respuestas?
¿Un bulbo que retoñe?
¿Una gota aún caliente
de sangre?

*Hozar en el parpadeo
del corazón antes de
fundirse el centeno
de la luz.
Buscar en los sar-
mientos del torrente
los cantos domésticos
del pájaro, porque la
sequía será extensa y
el silencio medirá lo
doble que la aridez
de la palabra.*

En el corazón muerto
está el silencio: tragal
y río de toda
pregunta.

¿Cuál eternidad?
¿Qué flujo del tiempo?
Si aquí sólo hay agonista

En este sustrato de presente escrito Una profundidad envejeciéndome
en pasado, respiro en la humedad los ojos, rodeando con su *ahora*,
el nervio de la gota y el moho que con la plusvalía de su *aquí*; afuera
el viento ha colado por debajo de la llueve y para precisar la tarde debo
puerta con toda la intención de pro- mojarme el rostro en este desfase.
tagonizar la tarde.

¿A cuál instante concurrir?
¿Qué rezo esbozar
si es nulo el antagonismo?

Cómo diablos detengo la lluvia si soy antagónico.

Cómo me bajo de la tarde si discurre.

Cómo, si abreva en mi nostalgia sus nubes grises.

No poseo una ciencia para atajar lo que debe ocurrir,
así que debo transcurrir sin pensar en que afuera llueve
que los relámpagos y truenos en mí, alimentan la lluvia.

Estaré, pues, en carácter de estar, sin salir de aquí,
escribiendo que no puedo ser un protagonista en la calle,
más húmeda y ambigua que este poema.

¿Músculo tonto el corazón?
Tengo dos versiones para esta pregunta:

La primera

y

la segunda

Que hacen una tercera
pero no definitiva:

El corazón tiene una lógica estúpida y una forma ovoide en donde el amor se aprieta al ritmo y su condición de órgano.

Discernir qué sujeta la mecánica de su latido, es perder el tiempo. La fisiología del corazón carece de una respuesta objetiva a esta melancolía por la lluvia.

Un centro que irriga el cuerpo con la afectiva y efectiva sensibilidad, taponas las venas cuando de sacar el dolor se trata y de olvidar sin rumores y preámbulos.

Abrogado el corazón,
las horas son una disentería del
tiempo,
viejas lobas agonizando ante la luna
matrona, ciega y antigua
posesa acuática de la mareas
del latido binario de aquel que llora

El pálpito mundano del amor
musita
coplas que traspasan la pleura y los
órganos
muerden hasta que sus dientes
astillan el alma
el cuerpo convulsiona se pone a
la deriva
hasta encontrar una playa y el solaz
abierto en testimonio cierto del
naufrajio

Cuando mira caer la lluvia.

La bronca es ser un *animal de hábitos*,
un peliagudo que amanece y va al trabajo,
que se rasca los güevos y se enamora;
coge, bebe, olvida, llora y se enamora.

Se muere porque se está
y es hábito del tiempo posesionarse y
transcurrir,
marcar con su metrónomo
el límite del corazón.

El corazón conoce las claves de la
muerte.
Los grados de humedad de su pi-
sada.
Lo mismo que un perro la huele.
Sabe hacerse el muertito cuando la
escucha.

Escuchar el corazón es costumbre de viejos
y de aquellos enculados
que sienten en el latido
la zozobra y el encanto.

Apolítico y ateo me declaro.
En el corazón no cabe tanta mierda,
apenas si la fetidez del deseo,
porque aquello que llaman amor
es algo desyerbado.

Tengo suerte y algunas cábalas me funcionan:
como ponerme los zapatos antes de levantarme
y de esa manera evitar el resfriado.
Boto como los demás mis días en lo cotidiano,
abogo porque así sea la circulación de mi sangre.

Creo en lo que sacia mi apetito, carnal o de hambre;
en la muerte, por supuesto y de contado, que vendrá
cuando su rechingada gana se le hinche.
No me arrepiento de ser consuetudinario
ni hombre de pocas palabras y afectos.

Hablo de la forma de cómo transcurro y no del hubiera
y así lo escribo sin artificios de academia
y sin apegos ni afectos de ninguna índole,
*como es costumbre en este **animal de hábitos***
vomitar a diestra y siniestra su estarse.

Se es perfecto cuando guardas silencio y asientes,

cuando callas y dices todo y esa ausencia de palabras abre los espacios
y crece como mala hierba e inunda y alza las vísceras y las aprieta.

Aclaro: callar no es guardar silencio
porque los ojos son más que ruido.
La sombra, un grito de sol.
El respiro, una rabia de pájaro contra el viento.
El movimiento, otra forma de sonido:
saber el lado de la repetición,
la sinalefa de su aire,
la lenta agonía de lo que se apaga.

El corazón pare un silencio ortóptero.
Los letreros cesan de anunciar.
El borracho pronuncia su modorra.
De pronto mundo y medio se bajó de mi mundo.
Estoy afuera –¡Afuera!–
Donde puedo ser ese animal añoso y vivo.

Porque adentro la periferia mata	Porque afuera es mi lugar,
afuera –lo confieso– de todo centro	afuera –lo repito– donde el frescor
de todo olor imaginado	hace que gimán los pulmones,
por el lenguaje y el sexo,	que la memoria se advente.
por el reino unitivo de mis ojos;	Afuera, donde otra lengua es mi lengua:
porque cuando salí ya estaba afuera.	Mi diario hablar: mi silencio.

Apéndices

Tanto me han dicho:
*Debes escribir en tercera persona,
tocar temas más trascendentales.
Escarbar en la urbanidad,
en la metafísica cuántica.
Tienes que hacer hablar al personaje,
conocer su perfil psicológico,
los traumas sexuales que le aquejan.
Moverlo de la cotidianidad.*

Pero a mí, sólo degusta quejarme, Pero a este corazón anticuado y ne-
sentirme inútil. Versátil en perder el cio, lo que digan los demás le entra
tiempo. Variar del silencio putrefacto por la oreja y le sale en un pedo, así
al callado silencio. se siente cómodo, la trascendencia
ni le cala, ni le mella.

Ella dijo: *Que el tiempo, la vida,*
las circunstancias.
Que era obsceno.

Argüí: *Las emociones,*
la experiencia.
Que era excitante, novedoso.

- Me avergüenzas, pero no sé cómo explicar este sentimiento.
- ¿Te come el dedo gordo del pie? ¿Se te retorcieron las tripas?
¿Sentiste un váguido en el vientre? ¿Ganas de hacerlo?
- Eres un bárbaro y un cochino, se te ocurre cada cosa...

Sólo pregunté:

- ¿Nunca te han mamado el dedo gordo del pie y te has venido?

Caminar fuera del trazo del tiempo,
de esa línea imbécil y absurda
paralela al destino.
No ir a contracorriente de los demás,
andar con ellos pero lejos
de su mansedumbre.
Apartado de sus posturas
cíclicas y onomatopéyicas.
Reconocerme humano y tonto,
eyaculador precoz,
disidente pero apolítico,
sexualmente urbano y oculto necrófilico.
Quiero decir: no quiero embarrarme
con la mierda de los demás,
sino con mi propia mierda: escribir.

Soy un hombre absurdo muy dado a las corazonadas.
Elemental y cursi, por decir algo más de mí.
Las ventajas que tengo son las mismas que tienen los demás.
Mi promedio de vida es absolutamente proporcional a mi alcoholismo.
Me divierten, de acuerdo a las estadísticas, el sexo y la televisión.
Contar los días de mi cumpleaños a mi cumpleaños.
Como ven, el sedentarismo de mi vida
no alcanza para llenar una cuartilla,
ni sirve para escribir un buen verso,
mucho menos para exponer una idea
de lo convencional y materialista que soy,
como ven –me repito– intuyo: ya la cagué.

La frontera de esta línea
no comienza en el siguiente verso,
porque si el verso se revelara,
el Poema existiría y yo
no quiero escribir un poema.

De súbito en el frontispicio

*Hasta la secreta, recóndita, minúscula actividad
de los insectos cesa en ese instante preciso;
el curso de la naturaleza se detiene,
la creación tambalea al borde del caos.*

Gabriel García Márquez

La rutina es lo ideal para que el tiempo pase.

Pedro Juan Gutiérrez

*

Un movimiento opaco,
mullido, blando de tiempo,
cesa y extiende su crujido
como algo inmóvil, denso,
profundo, y aun así, frágil.

Persiste en crecer, en inundar
con su manso Apocalipsis,
en trepanar con su zumbido
los tímpanos de lo que permanece
y transcurre sin la adecuada geometría.

Carece de una forma sólida,
paraliza y se queda insondable
a expensas de mutar a una inmensidad
concreta, factible y ergonómica
que posea los huesos y la lengua.

Que se apropie a medida del exceso
de esta tregua del murmullo
con un manotazo irrefutable,
e interrumpa poniendo flores
aquí y allá en la percepción.
En la quietud inefable de este paisaje
el hombre se mira desolado,
lítico, desposeído, fuera de toda medida,
de peso afectivo, de materialidad,
serenamente unívoco y sin embargo, sentimental.

Se esparce metódico, singular,
su avance se infiere binario,
aunque en la sumativa de sus pasos
nadie escuche un croqueo,
la fisiología de una lumbalgia,
¡vaya!, ni el polen en las patas de las abejas
cascabeleando acordes celebratorios.

De pronto los sucesos se interrumpen,
lo que cae suspende en el aire,
por una fracción, el argumento de su caída;
lo innegable parece posible,
pero eso no se sabrá hasta que la continuidad
prosiga, respire y asimile el nocaut
milimétrico de la pausa.

Mientras la irrupción continúa desposeyendo
una a una lo que hace familiar a las cosas;
las muestra reducidas, estáticas
como instantáneas de Polaroid
que retratan a alguien (irremediamente) muerto.

Luce lo quieto su corbata de moda.
Imponente observa el casimir de sus pantalones,
los alcances de su loción,
la ausencia promiscua del ruido
por donde ha cruzado con sus zapatos de charol.
Su exhalación enmaraña en los árboles
para oler su aliento y agenciarse
lo dubitativo y escandaloso del ambiente
con un respiro sostenido y largo.
Entonces ocurre,
todo aquello que tiene consistencia y sombra
deja de inhalar, de jalar vida por sus aberturas;
relajan la construcción que los anima,
la sustancia que las vuelve reales, esenciales;
se guardan sus voces, esconden las cosquillas,
reposan un instante
como chaquiras en la camisa de lo inmóvil,
son parte de este santiamén volátil y nervioso,
tintura en el intervalo de lo detenido,
lapso al implosionar en el momento
y quedarse mudas en el relámpago de la causa
que envuelve sin aviso al hombre de repente.

*

Rellena los espacios con sus trapos viejos e invisibles.
Amontona los recuerdos de manera burda
entre una piedra y otra, opuestas en el horizonte.
En los vidrios acumula su rencor
con un esperanza apócrifa de exorcizar,
en cuanto el sobresalto asome su primer diente de leche,
y una inusitada erección de la incertidumbre
penetre al viento con la sordidez parvularia de su deseo.

Puede que el día permanezca incommovible,
liso, diametralmente ordinario y cacofónico,
o éste, sólo sea una idea fija en la cabeza
de quien interioriza y segmenta sus partes
para conocer la discordia de esta abstinencia
en que las partes del mundo se confabularon
fingiendo resguardarse de su propia rutina
contra el ánimo y la solvencia del tiempo.
En esta coartada la opacidad del cielo infiere,
algo de alcohol puede abrir las nubes,
la cafeína quitará el tosigo, y un vaso de leche
dará calma a las tripas del suicida.

La humedad, como ciertos pájaros en el follaje
que nadie ve, cala la espalda y las corvas
con una mirada fija, gélida en su intención.

Que el día sea gris y amenace con lluvia
es sólo una forma común, desgastada,

antipoética de nombrar la intemperie;
tampoco intentar: *espiroquetas algodonosas*
aposentan en el firmamento su querencia
y muecas desahuciadas se presienten.
Sería estrepitoso y el momento
no está para fruslerías herméticas,
sino para ser, en él, un cascabel dormido,
intacto y lejano, de súbito en el frontispicio
de esta nulidad sonora, urdida, puesta en escena,
cuando uno a uno de los objetos que abarcó el alma
se arrancaron la lengua de cuajo
y simuladamente el corazón.

Para Claudia Ortiz

Un chasquido regresa al entorno, su diminutivo,
lo regresa laxo, acumulado, dócil;
su permanencia comienza a transcurrir.
Abandona el caos de la quietura sin aspavientos.
Lo roto, momento sostenido en la memoria,
da sus primeros pasos, ha dejado el gateo del recuerdo
aun sin ser uno, sino un suceso pletórico,
renal de los objetos al interrumpir su respiro
y esbozar la coartada:

De pronto,
las paredes dejan de sostener su nombre,
sus partes muestran por una ranura su gracia.
El hombre busca en la entraña de lo sólido
algo parecido a un grito que lo haga regurgitar,
volverse un desplazamiento,
un sitio grumoso de ternura,
al menos un desposeído pero,
la existencia de una lengua que lo embeba
rehúye de su pensamiento,
lo duro de la pared se le revela.

*

El corazón capotea el estarse disuadido, hondo,
milimétricamente fuera del acontecer,
acumula por latido la posesión de estar
en la misma nata fermentada del hecho y el discurrir;
aunque el pasmo parezca ganar la partida
debe insistir en la duda, en mover la mirada y percibirse:
sustancial y laberíntico en la mecánica del respiro.

El agua va, se descalzará los mocasines,
emprenderá descalzo su rabia por la sangre,
se irá con su música a otra parte,
a practicar apneas en otro sitio,
con otro hombre,
con otra pared más alta o baja, tal vez más carcomida;
en un lugar rebosante de árboles y botes de basura,
de palomas y bancas cagadas,
de ventanas con vidrios lustrosos
donde la agonía muestre su habilidad
de mover el cubilete y lanzar los dados,
sin que nada arguya que un cólico los hizo moverse
o que el parpadeo del hombre los puso nerviosos
y por eso saltó alguien de su lugar produciendo un ruido.
No, la excusa sobra,
la venia es la de quedarse sostenido en la mismidad,
permanecer cosa, sin el aire sustantivo.

*

Aunque con lo anterior no alcance para un **cuatro**
estas palabras fueron reposadas
antes de ser venadeados por la inmovilidad,
por eso adentro y clandestino
que toma los cuartos del ánimo y copula
hasta ensordecen con su orgasmo la vitalidad
de cada nombre y movimiento,
de cada onda sonora y pulsión del destino,
de cada insecto mórbido infectando el follaje
y negarlo todo de un sólo brochazo
sin distingo de materia y pensamiento
y dictar esta pantomima de la mano
sin guante blanco, sin fondo negro,
ni cuerda ficticia de donde halar el mundo,
–como apunta el grafito del lápiz
sostenido entre los dedos–:
Este lapso cíclico, ordinario en el concepto
pero profuso, aclimatado en la alteridad
del envés y el revés del medio, humaniza;
aun así, el deslave de lo acontecido
concorre en la ambigüedad del rato,
la frialdad del segundo se derrite como el helado
en la diestra de una chica enamorada.

Corazonada

Entre tanta melcocha metafísica
el corazón bombea abstracto
llevando a cada rincón del cuerpo, la penuria.
Pero ésta, es una pobreza cargada, estrafalaria,
no una broma o guasa fisiológica.

La sangre merodea lo rústico
al irrigar constante las arterias
con un ritmo cursi, sin antecedentes.

Las venas retornan a su agresor la injuria
adormeciendo las extremidades;
en todo lo sucio que devuelven,
los pulmones asimilan las colitis del tiempo,
esnifan un dolor de pecho;
la rabia onerosa de cada órgano acumulan y como táctica
la expulsan al útero envenenado de la vida
en una exhalación o estornudo preciso,
sonoro, amplio, inexcusable.
Al corazón no le queda más que el sobresalto,
aprovecha la taquicardia para esbozar rencores,
odios herméticos y ansiosos,
saladas vaguedades.
A otras vísceras con este trompo,
a otra ceguedad
esta frugal manera de abrir y cerrar el golpe,
de martillar la sangre con estoicismo
-se atreve el riñón-: «¡Maldita corazonada!

¿Qué le enferma al músculo cavernoso
que atosiga con voracidad?»

El estómago gruñe un poco.
La mente está en blanco,
pero siente el zarpazo del ácido
en el volumen del cólico,
en la evolución de éste en eructo,
en quemante reflujo que apostilla
la misma afectación cardíaca.

El hígado y el páncreas respingan quedo,
obtusos, al punto del frenesí.
«¿Qué otra estupidez cocina el miocardio?»
Si en este cuento, lo etílico, está mal contado.
«¿Qué diablos, pues, con el corazón?»
Se preguntan compungidos y segregantes.

Olvidemos la anatomía y sus conductas bioquímicas,
para el enclavamiento no hay placebos, ni toallas húmedas
que retornen al hombre a su cordura.
Este reboruje hormonal
lo tendrá en la absoluta imbecilidad,
parco a las señales del cuerpo,
a las nubes de agosto, chonchas y amenazantes.
Atento al golpeteo de su pecho
asumirá al día con sumo desparpajo;
la edad de su mirada será la misma de cuando niño
conoció el circo o supo que su padre no era su padre.

El culo y las tetas lo empujarán a tomar el capote
y a realizar unos lances.

Animal predecible el hombre,
jugará sus canicas a un solo tiro:
A que el otro vea en sus ojos
lo más sentimental de su razón muscular,
y en esa estocada mielera
llevará su penitencia vuelta de filo.

Un hombre enamorado coge su delirio
y anda con él acuestas;
ranas atentas están sus sentidos;
la miopía de su cuerpo
percibe el más minúsculo fluido
que segregan sus partes.
En cambio, un hombre enculado
piensa con la pinga,
confunde los hormigueos del vientre
y sus desbocados latidos
con falenas de amor.

Pantomima del enamorado

*¿Ayuda en algo mostrar las llagas?
Creo que de nada sirve, que nada ayuda.*

Tomás Eloy Martínez

1

Y en este andar y desandar lo único cierto es que todo es incierto. Lo único palpable son las hojas de los tamarindos lloviendo interminables, cayendo sobre las bancas del parque y tapizando el suelo. Me inundan el pensamiento con el oro diminuto de sus cuerpos. Me conducen al día de ayer, a una hora donde la ausencia de pájaros es más notoria. Me traen el olor de las paletas de grosella y la evidente sensación de que viento se guarece del mediodía a la sombra de los mangos. Se preguntarán ¿qué hago sentado aquí en esta inmovilidad? Y la verdad, lo mismo que ayer, la respuesta continúa sin tomar la forma real de un hecho. Me siento miserable y disminuido al contemplarme así, insulso, seco. Escualido de vivencias de las cuáles pueda jactarme. ¿Mi vida ha pasado sin convulsiones, llana, sin ninguna méndiga piedra con cual tropezarme? ¿Sólo he sido un espectador de sucesos, un testigo con boleto económico arrinconado allá en los palomares?

No logro ordenar mis pensamientos desde ayer. Una torpeza me tiene catatónico, fuera del curso lineal del tiempo. Un zumbido en los oídos me mantiene flotando y en un cansancio terrible, adolorido de las coyunturas. Pasajes de mi vida relampaguean en mi mente. Fragmentos sin vínculos entre uno y otro. Una sensación de estar suspendido, en blanco, me invade.

Y heme aquí con las piernas estiradas, las manos sobre la cabeza, mirando sin contemplar, transcurriendo en las horas y en la respiración, en el vaivén de mi pecho. Tengo sueltos los músculos, flojos, sin esa tensión del fracaso. ¿Mi corazón late con la dignidad de la derrota? No podría explicar ni uno ni otro sentimiento. Me siento absurdo, vago, sin la intuición para zafarme de este golpeteo impreciso, redundante. ¿Me hace falta furia para abandonar esta postración? ¿Valor? ¿Cómo descalzarme la estupidez? Sigo estupefacto, sin lograr abrir una entrada que me lleve a interiorizar.

Algunos postes de luz se han caído entre mi alma y cuerpo. Varios cables –estoy seguro– entre mis sentimientos y la razón. Lo sé porque en el estómago un reboruje distiende mis tripas. Unas ganas de vomitar y expulsarme, tienen el color de mi piel en el amarillo más pálido. De ayer a hoy, pequeñas bolsas de agua hormiguean mis manos. Quizá no estoy respirando adecuadamente y por eso las inconexiones. Me distraigo con esta idea. Sonrío. Porque, qué más le queda a uno en este aislamiento de sí mismo. En este estar partido e intentar reconstruirse a partir del silencio con la mudez del pensamiento.

Siento culpabilidad, condena, como si hubiese cometido un crimen y a la vez, sin lógica para sustentar este reconcomio. Cada que intento un argumento y la posibilidad de descubrir el incisivo entre las carnes y mi espíritu que obstruye la ventilación del hecho, el sentimiento de haber errado me venadea.

No logro ubicar el momento histórico de tanto desasosiego. La metahistoria del suceso se esconde en un disfraz anímico y se trasmuta como un virus, aparece con una máscara de derrumbe, con una careta impenetrable de caos, con el antifaz coqueto del desplome. Pero no siento la ruina, sólo un hundimiento que no logra la caída, porque si cayera, tarde o temprano encontraría fondo y al final de éste, mi decadencia. Eso sería bueno porque de la polilla de mis huesos podría levantarme. Pero en la incertidumbre, la palabra aniquilamiento, su ponzoña, te mantiene en constante agonía, su zozobra te asfixia y te disloca la cordura con su goteo incesante. Tengo el contagio del naufrago: alrededor de mí todo es horizonte, agua en tumbos irregulares, cielo y tarascadas de sol y no de tiburones.

Mi lengua es un polvo viscoso de sed. Una termita que sueña una palabra. Un órgano en el capullo de su muerte.

Disgregado, podría ser el concepto de este estarse sentado sin afán y enmudecido. Lerdo, insustancial, en la más insípida manera de acontecerse.

¿Amnesia pasajera? ¿Olvido premeditado? Esto bulle, aguijonea, te cuelga con sus hilos, abre un espacio que no logras abarcar pero sí intuir. Buscas con obsesión algo que te conmueva, jale, corte, pero en tu mente los relieves y accidentes son casos de extinción. Ni un ave rupestre que se vaya contra la tuya para sentir la furia de su pico, y saque de tu barriga ese gorgoreo incisivo que te asume a un impulso del abismo.

Debe ser efímero –me digo con cierta esperanza–, que al terminar de expresarlo este despeñadero se vuelva palpable, terregoso, más cercano al dolor que a la suposición del mismo. Pero el ensimismamiento se antepone, paraliza cada ensayo mío porque supure esta vaguedad, este consumirse sin desgastar la materia. Siento el síntoma de la comezón, pero el prurito exacto donde rascarme sigue siendo una incógnita. El ansia me toma con una certeza de pólipo gigante, interna sus tentáculos acuosos en cada uno de mis miembros, la frialdad de su sangre coloca en los nervios de mis órganos, mi piel es una extensión de sus apéndices pétreas y vivas.

Como un pollo al que se le tuerce el cuello y corre con la cabeza muerta, voy de un lado a otro con el fardo de la mía al costado de mi hombro. Yendo con la impotencia de la dirección, golpeando aquí y allá con cierto coraje. El olfato dispuesto a encontrar el hedor a podredumbre en algún sitio de mis vértebras o del calcáreo –donde dicen el alma se encueva–. Pero en este desbarrancadero no alcanza la mirada, la penetración de los sentidos es absurda, la miseria pulula en el gusto. El oído sólo escucha el ronroneo insatisfecho de lo incierto. ¡Carajos! Si al menos el tacto me funcionara, comenzaría a hundirme las uñas por el costado izquierdo, pero algo tangible no sirve para esto, ¿cierto? La desmesura de su calambre, desalma todo.

¡Putá! esta mordedura no sangra, sólo aprieta. Hace que sienta el tamaño de sus dientes, el filo que podría hundir si así lo decidiera. Pero me tiene aquí contenido, preso en no entender este alucine metafísico. La carga aún no deja sentir su peso y el desarraigo es mucho. La gravedad de mis adentros ha sido nulificada con la perfección exquisita del abatimiento. Caigo en la cuenta: todo en mí es sospecha, jamás un indicio que pueda convertirse en evidencia. Si esto fuera asunto del deseo, la complicación de discernir una respuesta no me tendría así, desmadejado. Un rastro trivial es fácil de seguir, de interceptar y por ende, de nulificar. Esto tiene la precisión de un estilete, su huella imperceptible y su hondura, la delgadez de su herida, hacen que uno se desangre por dentro y no hacia fuera, por eso lo tenso de las vísceras, la desesperación de huirse, de intentar un cambio de piel como las víboras, de abrirse en canal y ponerse a orear el interior. De mirar qué trémulo movimiento atesora la inercia de tal desgajamiento. De descubrir en qué punto exacto está el epicentro, la moldura de este desguazamiento. De qué linfa se alimenta. En qué raíces fundamenta estas torceduras del alma. Por qué se aferra a la entraña con sus ventosas y nos desprende sin prisas una a una las ganas, la viscosidad del testimonio, la conciencia de que este desconcierto dejará su invisibilidad al mostrar la gubia con la que pasea por el cuerpo.

Esquirlas –pienso en esquirlas– de una granada haciendo ¡bum! en mi pecho, en la sanguaza producida por los pulmones, en el purulento corazón cayendo a pedazos hacia los intestinos. ¡Mentira! Si así fuera, mis signos vitales serían los de un moribundo. El pulso escondería su niñez, la carne se pondría yerta. Esto es mental –me digo–, depresivo a más no poder. Si fuera físico, me estaría revolcando de dolor por la peritonitis, sudando frío por el presentimiento de lo inexorable; encogido en esta banca con los estertores fatales y mirando pasar la vida con su cofia y su bata blanca. Estaría descubriendo ese túnel de luz que dicen ven los vueltos. Tocaría los dos planos mientras agonizo. Pero no es así, este sufrimiento es esquizofrénico, trae un delantal de carnicero pero no mutila, no corta de tajo, ni abre para que se mire el tuétano del hueso. Ni es ahí en la médula que está el mal. Si al menos descubriera el vórtice de esta ventolera anímica dejaría de chapalear en este perecer infinito.

Saqueado se acerca a mi estado compulsivo. Estacionado en este parque, ya con la herrumbre del desconcierto; parecido a un auto desvalijado, permanezco. En la anarquía fisiológica de mis emociones. Sin evolucionar el desasosiego. En una maraña arbitraria de punciones, sin que la lágrima acuda a desbocarme, a dejarme ir en un llanto melancólico, encordado de ira o sublime. Yuxtapuesto, me estremece esta sensación onírica y tentativa, porque me arroja su vaciedad y llena con su agua mis conexiones cerebrales al tope. ¡Qué baldío! ¡Cuánta desazón! –¡Joder!– Otra vez al punto de partida, despalabrado, con la sonrisa de mojiganga sin saber qué más hacer para llamar la atención. Que me trepane un motivo. Que al menos haga una fisura por donde entre una suma cualitativa y cuantitativa de lo evidente para poder refugiar ahí la anatomía de mis presentimientos y comenzar con las autopsias que me arrojen los contravenenos de esta convalecencia.

Convulso. Expuesto a este tifón de la vacuidad. *Sollamado* –dicen en mi rancho–, alterado, sin encontrarle fin a esta sosería. Si esto tuviera los matices del desencanto o el aliento del suicidio, con un par de cervezas hubiera arreglado lo primero y, lo segundo, con un tiro de cuarenta y cinco en la sien. Pero yermo estoy, empecinado en lucubrar en el hueco, lanzando el anzuelo para ver si le pesco un sentido a la subjetividad de estarse embebido, absorto en el dilema, concupiscente por encontrarle una moraleja a la insipidez que soy.

Estéril me vislumbro, con la sordina árida del lenguaje para hilvarnarme una boya en la cual descansar de esta infecunda manera de introspección.

El rumor de los tamarindos precisa que el aire ha dejado su guarida. Un pájaro ha cruzado lo largo del parque recogiendo el letargo del tiempo, no así el sopor de mis ojos.

La introversión quizá dé mejores resultados para esta insensibilidad del alma. Quizá pueda regurgitarme de una vez por todas y quitarme este aturdimiento que aneblina la sesera. Pondré mi voluntad en descuartizar mi esencia, comenzaré por descamar sus hipótesis, a inferir entre líneas una verdad que me vuelva al entero. Que me restablezca del desabrimiento y me descubra elemental.

Porque este languidecer socava, hace del quebranto algo insostenible, sí, te vuelca a un estado vegetativo, te consume sin la esperanza de acabar.

Una marchitez te acomete reiteradas veces y te aja, te hace ver enflaquecido. Con los síntomas del noctámbulo. Desfasado. Con la hélices desajustadas de la cordura. Aunque hayas dormido, las ojeras se pronuncian en la cara. Heme así, impávido, dragando en el estropicio, en la sobriedad del trastorno y en el mediodía que ha conseguido gemir. En esta confusión debe haber un elemento que me desparasite. Un tufo dermatológico o psíquico que me retome. Un demonio azuzador como un asomo táctil de la circunstancia que me atribula. Esta pesquisa íntima ha tomado el tamaño de la congoja, aflige su crecimiento y el molde de mi cuerpo ya no alcanza para contener el ahogo.

Me pregunto si para desalmarse se necesita un movimiento concreto. Una habilidad trigonométrica para descorchar la consternación. Un hábito desapercibido que abra el juicio y te ponga en el canal de la sensatez. Un manubrio biológico que concluya con este ir y venir de la sangre, con este retornar al inicio de la cavilación. Si lo hay, denme una señal y asumiré la destreza como la partida de mi alivio. Si existe esa maña, tengan por seguro, la manejaré con pericia al momento de raspar esto que me daña, que me perfila al agotamiento y a la impotencia. Puedo mentir, pregonar que algo o alguien se me han salido del corazón, presumir como causa esta falsedad; pero convencerme así, denotaría una pobreza de criterio, me delataría ínfimo y todo este dolor que digo sentir, sería una falacia.

Intento saber quién soy y predomina la nada. Tengo un valor igual al cero. No, es menos uno. Atrás del cero donde el caos abrasa y uno se siente a resguardo. Aquí la palabra resguardo equivale al desamparo. Huérfano de mí mismo. Sin conceptos que designen la paranoia viva que experimento. Soy el perseguidor y el nervio de una conjetura. El aplazamiento detrás de una sombra proyectada por mi cuerpo y que mi pensamiento no reconoce como suya. Lúgubre desde el instante mismo de mis interrogantes. Acartonado en la mirada y en la presunción sombría de mis gestos. Sin concebir lo lamentable, mantengo mi estoicismo en el luto más congruente, polifónico, absorbiendo de mi alma lo más tétrico y lamentable de su estarse ácido. Quisiera sentirme triste, atroz, asombrosamente desabrigado, ruin pero no acéfalo. Desnudo. Sin concurrir. ¡Diablos!

Para Felisa Holguín Valenzuela

...Un graznido que se meta en esta nada con toda su acústica es mi deseo. Sino, voy a reventar sin haberme fermentado, como un perro que nunca supo cuál fue el peso que le laceró las vísceras. Algo mínimo capaz de liberar esta presión en los pulmones, pido. Los respiros hondos de nada sirven, inflaman, algo se abre de adentro hacia afuera, pero no se concreta la abertura, el presentimiento de la llaga se borra en cuanto todo deja de moverse y sólo el cosquilleo de una permanencia late al ritmo de: qué sucede.

Incubar esto sin nombre deteriora mi convicción de seguir. Incurable siento el persistir. El desahucio se aloja en mi desguanzamiento.

Para Roberto, Samuel, Tere Isaura, Gregorio

¿Esto pasará? ¿Dejará de clavarme sus estacas angustiosas? ¿Me permitirá elaborar una suposición e hilvanar una diatriba? Apenas pienso las preguntas y éstas se difuminan.

¿Desde dónde leerme? Mi capacidad de síntesis y de comprensión está evaporada. Una grieta es mi percepción. Un hueco expandiéndose mi concentración ¿Para qué lado darle? Como en una foto, estoy detenido en una inmovilidad de tiempo y de suceso, el ambiente permanece, afuera y adentro. Quiero convulsionarme. Que un rechinado de llantas me arranque este letargo. Que esta epifanía al revés desamarre los cordeles para que ocurra.

¿Cuál posesión? ¿Qué puede uno atesorar si los poros no aprisionan ni el polvo del aire? Si mi expresión se mantiene indefinida, y el adentro y afuera mantienen su estatus.

Alguien, por favor, gire el mundo con su presencia. Le ponga color con la palabra blanco o transparente, mínimo cruce por este parque y saludé con un movimiento de cabeza, con una mano alzada tocándose el ala del sombrero. De plano que una nube apenumbre el día.

En la penumbra, una vez acostumbrados los ojos, puede verse, pero en este sin sentido, las formas, alguna silueta, un presentimiento, se niegan. En este túnel, lo único claro es lo que no se ve ni lo oscuro, es como esa hora ciega del día en la cual, ni se define la noche y la jornada está en el umbral de la deriva pero no acepta la posibilidad de transformarse y todo se inunda de un silencio que tampoco pesa, pero se siente sólido y estorboso.

Si al menos como un perro pudiera lamerme a solas las heridas, tendría una seguridad a la mano de poder sanar, tanto la punción como la dolencia del gruñido. Pero estoy entre dos paréntesis a un paso de la apnea, situado en un punto sin génesis, apretado de ambos lados sin espacio para el impulso, por ende, sin la posibilidad de escape. La altura no me alcanza para alzar la cabeza e intentar un respiro que se apropie de mis pulmones y provoque el estallido de los mismos. La pauta para que el extravío se asimile aparece como un inflable que la marea se lleva mar adentro cada vez más lejos.

Un acertijo no se resuelve desde la impasibilidad, hay que darle su aire, respetar su misterio, penetrarlo lento y con el ojo aguzado, el oído en un estado de alteridad agudo. Intuir cuáles son las trampas de las que dispone, dónde están los vericuetos para no perderse, aprenderse de memoria cada uno de sus bordes filosos, las depresiones y los hoyos insondables por donde uno puede irse al carajo. Pero esto que me ocurre no se acerca a la puta adivinanza, ni siquiera a una charada con chiste y bien dicha. Esto es impenetrable, posee un hermetismo simple, no pasa nada, no lo atraviesa nada, nada le mella su lustrado manifestarse manso, audible, plano. Se escucha, se siente, anega, pero lo concreto de una simetría, de un peso, de una sustancia, no tiene, ni huele, ni hace gases.

Así es, estoy indeterminado, arrinconado, en la anemia total de un cause y una causa con la cual pueda extraer una conclusión que me eclusione.

Dos de uno

Primera tentativa de colofón

*Suelo ser inconstante, vulgar y muchas veces obsceno. Mi perorata versa sobre la capacidad del hombre para adaptar su apego al interés de su **mundanidad**. Creo que no hay ser más falaz que el sexo masculino, y yo pertenezco a esa comuna de entes de dos neuronas. No persigo en la vida más que pasar desapercibido, de eso también recién me he dado cuenta, busco perfeccionar mi silencio. Antes creía que mi función era cambiar destinos, error mío, cada quien elige a su manera los golpes de vida que desea recibir; una palabra de más y una palabra de menos, de ningún modo lograrán cambiar el rumbo de quien ya decidió la certidumbre o el porrazo.*

Colofón

*La suerte me ha acompañado a lo largo de mis días.
Destino, le llaman.
El día que ésta me desampare, será mi fin,
de eso no tengo la menor duda.*

Índice

Prólogo	5
En un latido largo y tumoroso	13
Apéndices	27
De súbito en el frontispicio	35
Corazonada	47
Pantomima del enamorado	53
Dos de uno	75

Jesús Bartolo (24 de agosto de 1970, Atoyac de Álvarez, Guerrero), ha publicado los libros de poemas: *Los árboles duermen de noche* (1998) *Poemas para besar una espalda* (1999), *Cachimbo* (2000) *Editorial Tinta de Alcatraz*, UAEM. *El responso del gato* (2000) *Centro toluqueño de escritores*; *No es el viento el que disfrazado viene* (2004) *Instituto Mexiquense de Cultura*; *Centro Toluqueño de Escritores, H. Ayuntamiento de Acapulco*; *Estar de vuelta, Instituto Mexiquense de Cultura* (2005); *Aviso de ocasión, La trucha güevona*, (2009); *Diente de león*, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, (2009), *En la cadencia de los pies, La tarántula dormida*, (2010), *Basalto* (2011) *La hoja murmurante*. Ha obtenido el premio estatal de poesía del Centro Toluqueño de Escritores en el 2000. El premio estatal de Poesía María Luisa Ocampo 2004, y la beca del FOCAEM. 2003. Y la del FOCAEG, 2006 Y 2008. Obtuvo el 3er. Lugar en el Premio Internacional de Poesía del Bicentenario, “Sor Juana Inés de la Cruz” (2009).

Otros títulos de Limón Partido:

- Elizabeth Neira (Santiago, 1973), *Abyecta*.
 Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
 Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelanoche*.
 Ingrid Solana (México, 1980), *De tiranos*.
 Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
 Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
 Alan Mills (Guatemala, 1979), *Síncope*.
 Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
 Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
 Ana Rüsche (Sao Paulo, 1979), *Rasgada*.
 Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
 Héctor Hernández Montecinos (Santiago, 1979), *NGC 224*.
 Nicole Delgado (San Juan 1980), *Violencias cotidianas*.
 René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
 Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
 María Eugenia López (Buenos Aires, 1977), *Arena*.
 Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
 Elisa Andrade Buzzo (Sao Paulo, 1981), *Noticias de ningún lugar*.
 Javier Norambuena (Santiago, 1981), *Humedales*.
 Luis Téllez-Tejeda (Naulcalpan, 1983), *Media tarde*.
 Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
 Gema Santamaría (Managua, 1979), *Transversa*.
 Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
 Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
 Balam Rodrigo (Villa de Comatitlán, 1974), *Icarías*.
 José Manuel Barrios (Montevideo, 1983), *Yoga*.
 Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.
 Lauri García Dueñas (San Salvador, 1980), *El tiempo es un texto indecifrible*.
 Ariadna Vásquez (Santo Domingo, 1977), *El libro de las inundaciones*.
 Yaxkin Melchy (1985), *III Los Planetas*.
 José Córdova, (Porcón, 1979), *animal desbocado*.
 Guadalupe Galván, *Sólo la música*.

La muerte no es nada para nosotros. Porque lo aniquilado es insensible y lo insensible no es nada para nosotros.

Epicuro, Sent. II

Este libro se imprimió en Alfa impresión digital, Diagonal de San Antonio #1931
col.Narvarte México DF, impresor Arnoldo Pineda